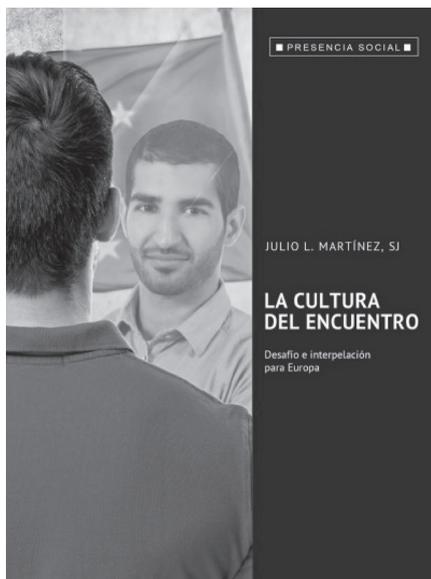


Julio. L. Martínez, *LA CULTURA DEL ENCUENTRO. Desafío e interpelación para Europa*. Sal Terrae, Santander 2017, 270 pp. ISBN 978-84-293-2642-0



Julio L. Martínez, sacerdote jesuita, es rector de la Universidad Pontificia Comillas desde 2012 y catedrático de Teología Moral. A lo largo de su carrera universitaria ha sido director del Instituto de Migraciones, de la Cátedra de Bioética y vicerrector de Investigación. Cuenta en su haber con decenas de artículos y publicaciones diversas, particularmente centrados en su principal campo de estudio: el de la religión y la política, combinando teología y filosofía. Escribe regularmente en la conocida tercera página –«La Tercera»– del diario español ABC, con una difusión y relevancia enormes, donde compagina con maestría actualidad y pensamiento social cristiano. En los últimos años ha publicado también interesantes textos, entre los que pueden destacarse *Moral social y espiritualidad: una co(i)nspiración necesaria* (2011) o *Moral fundamental. Bases teológicas del discernimiento ético* (2014), este segundo un verdadero manual de moral fundamental desde la categoría del discernimiento, escrito conjuntamente con José M. Caamaño, también teólogo moral en la misma universidad comillense.

El profesor Julio L. Martínez nos brinda ahora *La cultura del encuentro* (2017), una excelente publicación que dirige su mirada



a la “cultura del encuentro” desde una perspectiva del teólogo/filósofo dedicado a la moral que toma como referencia la Doctrina Social de la Iglesia y, dentro de ella, el gran impulso que está dando la reflexión del papa Francisco. Para ello tiene en cuenta los documentos principales de su pontificado: *Evangelii Gaudium* (2013), *Laudato Si'* (2015) y *Amoris Laetitia* (2016), pero también distintos discursos donde el Papa ha mostrado cómo entiende la política, la cultura, la acción social, la comunicación, la economía o la situación de Europa, tanto desde que fue elegido para el ministerio petrino como antes de ello. Martínez pone el acento, aunque no solo, en las circunstancias y los retos de los problemas y las búsquedas que tiene Europa; de ahí el subtítulo de su estudio: Desafío e interrelación para Europa.

¿Será cierto el pronóstico de Ortega y Gasset, que lo que hoy nos pasa es que no sabemos qué nos pasa y, en consecuencia, hay serias dudas sobre qué rumbo tomar? En medio de estos desafíos y necesidades, dirá el autor, la pro-puesta de la “cultura del encuentro”, de la que el Papa ha hablado una y otra vez y que condensa su visión antropológica y social, se presenta muy sugerente, incluso potente. Y lo hace, como cabría esperar, muy pegada al terreno y apasionada por la vida, con su correlativa teología pastoral, espiritual y moral que la alimenta y sostiene lo vital. En efecto, subraya el rector de Comillas, la “cultura del encuentro”, de por sí, responde a aspiraciones radicalmente humanas. En esta era de cambio en que estamos inmersos, se vuelve más crucial generar espacios y relaciones donde acertemos con las transformaciones que necesita nuestro modo de vivir y de estar. Un cambio que no es opcional, ni solo de tipo técnico, sino cultural y que pide una nueva mirada. Ha de ser participativo, sistémico y, en parte, disruptivo. Martínez concluirá acertadamente que el cambio tiene necesidad de un fondo ético, no meramente cosmético, pues no bastan valores que sean slogans para quedar bien o consignas que se proclamen pero que no muevan internamente.

De esta necesidad nace la propuesta de una “cultura del encuentro”, en la que el sustantivo “cultura” se usa en un sentido amplio y antropológico como el con-junto de los rasgos distintivos

espirituales y materiales, intelectuales y afectivos que caracterizan a una sociedad o a un grupo social y que abarca, además de las artes y las letras, los modos de vida, las maneras de vivir juntos, los sistemas de valores, las tradiciones y las creencias (cf. UNESCO). Dicho de otro modo, con expresión de Diego J. Fares, la cultura se entiende como “el alma del pueblo”. Juntar cultura y pueblo, en efecto, refuerza la importancia de las mediaciones históricas en la propia definición de la categoría “encuentro”. Un encuentro que debe responder a las circunstancias de cada momento, sin las cuales no hay sujetos morales ni realización humana en la historia. Un encuentro, además, que es tanto más necesario, si cabe, en momentos de grandes cambios como los que vivimos hoy con la globalización y los movimientos reactivos frente a ella, la digitalización y la “rapidación”.

En el desarrollo de la propuesta, el autor hallará el marco conceptual de referencia de la “cultura del encuentro” en *Evangelii Gaudium*, en concreto en cuatro principios que le permitirán, de una manera rigurosa y profunda, pero también ágil y amena, ir desgranando los diversos temas. El primero de estos principios (el tiempo es superior al espacio) expresa que el tiempo pone el acento en los procesos, los cuales se contraponen a los espacios donde se tiende a ejercer control y dominio. El segundo (la unidad prevalece sobre el conflicto) es más intuitivo que el primero, si bien es preciso transformarlo en la búsqueda del entendimiento y la comunión, viendo lo bueno de la pluralidad y buscando lo que nos une en la diversidad, armonizando las diferencias, sin caer en la ruptura y la incomunicación ni en el sincretismo. El tercero (la realidad es más importante que la idea) insiste en que la idea está siempre en función de la captación, comprensión y conducción de la realidad, y no al revés, siendo esta la manera de estar en tensión hacia la verdad y no vivir de manipularla; entre ambas se debe instaurar un diálogo constante, evitando que la idea termine separándose de la realidad. Finalmente, el cuarto principio (el todo es superior a la parte) concluirá que sin tener visión y compromiso con lo común no puede uno realmente ser libre ni feliz; aquí radica la razón de ser de la política que responde a la necesidad imperiosa de convivir para construir juntos el bien común posible, y el de una



comunidad que resigna intereses particulares para poder compartir, con justicia y paz, sus bienes, sus intereses, su vida social.

A la vera de esta “cultura del encuentro”, dice Martínez, crecerán términos como proximidad, comunión, solidaridad, amistad, diálogo, discernimiento, construcción, integración, inclusión y aun otros afines, o metáforas como la de los “puentes” frente a los “muros”. Una verdadera alternativa a la “cultura del fragmento”, a la “cultura del naufragio” o a la “orfandad de la cultura contemporánea” en la que subyace, además, un verdadero fondo espiritual. Y ello dentro del principio hermenéutico de la misericordia que lo recorre todo y del ser imágenes de Dios e hijos suyos.

A quien pensare que hay mucha utopía en la propuesta habría que recordarle que también hay realismo a raudales: Francisco insiste a tiempo y a destiempo en que nuestro modo de estar en la vida y de pensar ha de dar prioridad a la realidad y no a las ideas, a las personas en sus situaciones concretas de vida y no a los clichés o las ideologías. De hecho, el marco esbozado por aquellos cuatro principios geniales, servirá al autor para abordar con acierto temas tan concretos, actuales, sugerentes, profundos y diversos como la “brecha digital”, la democracia participativa, los procesos educativos, el drama de los refugiados, el encuentro entre religiones, el diálogo entre fe y ciencia, la verdad en la política, el bien común, la realidad familiar o la libertad religiosa y la laicidad, entre otros muchos.

El resultado es un texto que, en medio de una complejidad y unos procesos que apuntan a la ruptura y la fragmentación y que aparecen bañados en un ambiente de “volatilidad” o “licuosidad” que afecta a casi todo, pone en alza el liderazgo del papa Francisco con su “cultura del encuentro”. Una propuesta en la que, en definitiva, la reconciliación es el movimiento de fondo y en el que el modo de ser y estar en la misión viene marcado por el diálogo, el discernimiento, la colaboración leal entre todos los que buscan el bien común y la construcción de redes, apostando por la utopía, sin perder el sentido del realismo, con unos principios que nos invitan a estar atentos a la realidad y a ampliar la mirada para reconocer

el bien mayor, y que implica toda una conversión intelectual, espiritual, personal, comunitaria e institucional.

En definitiva, un libro éste del profesor Julio L. Martínez absolutamente aconsejable para una lectura personal, pero que también y sobre todo puede constituirse en una herramienta muy útil para grupos de formación, compromiso o debate, a los que sin duda no dejará indiferentes, y que abrirá horizontes y aportará claves para un compromiso cívico cada vez mayor en favor de la justicia, la solidaridad y la paz.

Carlos Sánchez de la Cruz
Licenciado en Teología Moral por la U. P. Comillas de Madrid.
Profesor en el Centro Universitario La Salle y en el Instituto Superior
de Ciencias Religiosas y Catequéticas San Pío X, (Madrid)